



Resistencia de materiales

D. Luis Manuel García Mendez

Seudónimo: Dédalo

Él disuelve su yo. No hay arrepentimiento.

I Ching, p. 324

Pero si al pequeño zorro,
cuando casi ha consumado la travesía,
se le hunde la cola en el agua,
no hay nada que sea propicio.

I Ching, pp. 345-346

Cruza en diagonal, de tres zancadas, los seis metros cuadrados de su espacio. Lo ha medido una y otra vez con sus pasos, con la longitud de su sombra al atardecer, acostándose en el suelo a lo ancho y a lo largo. La medición es una de sus primeras obsesiones. Antes habría requerido no tres zancadas, sino tres semanas para peregrinar sus terrenos recalificados, los almacenes de personas que su agencia de viajes insistía en llamar pisos, aptos para familias numerosas y apegadas, porque la rentabilidad del metro cuadrado de superficie terrestre es algo de lo que siempre ha blasonado: “Yo soy un ecologista del ladrillo”, afirmó a un concejal agradecido en una cena de cinco tenedores. “Protejo la naturaleza colocando 0,9 habitantes en cada metro cuadrado.



Greenpeace debería otorgarme una medalla”. Ahora le basta un pequeño salto para tocar el techo. Él, cuya meta eran las estrellas (preferiblemente las de cine). Observa el rectángulo azul bordado de acero que le corresponde: mil seiscientos centímetros cuadrados de luz cuadrículada. Invoca el cielo sin lindes ni fronteras en sus campos de golf asaetados por la brisa oceánica. Descubre en la distancia una grúa, como la osamenta de un pájaro amarillo que al descender parece picotear el borde inferior de su ventana. Esfuerzo inútil. Aunque el pajarraco metálico lo intentara, no doblaría jamás al hormigón armado. Él lo sabe. Por su memoria pasan ahora cafeterías de gasolinera, puticlubs del extrarradio y la sala desierta de algún museo donde solía concertar sus citas con concejales de urbanismo, intermediarios y primos lejanos que recibían con una reverencia casi nipona bolsas del Corte Inglés o de Zara donde, bajo camisas de lino envueltas en papel de regalo, se agazapaban billetes de quinientos en fajos compactos: ladrillos de papel moneda que eran el primer cimiento de toda obra en proyecto. Si el púrpura de obispos y cardenales abría las puertas del cielo, el púrpura desvaído de estos rectángulos de ciento sesenta por ochenta y dos milímetros mejoraba la eficiencia de la industria constructiva y, por extensión, del país: el acero y los áridos reacios a arrodillarse ante la normativa europea encontraban su lugar; las estrictas normas de seguridad del trabajo dejaban de ser una excusa de la ineficiencia. En definitiva, “vivir es peligroso”, como solía repetir su jefe de personal citando sin querer a Guimaraes Rosas. Los terrenos baldíos encontraban su verdadera razón social como bosquecillos de chalets adosados y centros de ocio. Terrenos que hasta entonces fueran refugio de alimañas y bicharracos, o, en el mejor de los casos, refugio temporal de pájaros okupas: inmigrantes sin documentación ni domicilio fijo que aparecían por temporadas a usurpar el espacio al quebrantahuesos y el urogallo nacionales. Y no es que esté contra la inmigración ilegal. Muy por el contrario. Darle trabajo a aquellos hombres era su modo de contribuir a transferir el 0,7 por ciento del PIB a los países en



vías de desarrollo. Para que al final lo tildaran de explotador sin escrúpulos, aunque su empresa fuese una verdadera ONG: Albañiles sin Fronteras. Continúa recorriendo los seis metros cuadrados de su espacio y levanta la mirada hacia el trozo de cielo surcado por cicatrices del mejor acero. ¿Por qué no vinieron aquí a comprobar el cumplimiento de las regulaciones constructivas y la calidad de los materiales? Siempre estuvo seguro de que una capa púrpura de papel moneda le otorgaba el don de la invisibilidad y lo blindaba contra las malas artes de policías y fiscales ansiosos por novelar su leyenda de justicieros a costa de la sufrida clase empresarial, el verdadero motor de la nación. Si no fuera por aquellos accidentes que en rápida sucesión convirtieron dos de sus edificios en montañas de escombros, ahora no estaría midiendo su espacio en diagonal de tres zancadas. Está seguro de que la culpa fue de sus inquilinos, aunque su abogado no pudiera demostrarlo. No acaban de comprender que un domicilio es para comer, dormir, cagar y guarecerse de la lluvia, no para organizar guateques y bailoteos, o para pegar saltos en el salón al compás de la Wii. Después sucede lo que sucede. Mira de nuevo hacia la grúa, el pajarraco amarillo que continúa picoteando el borde de la ventana. No lo conseguirás, así que ni lo intentes. Estos muros fueron construidos con el mejor hormigón y acero de alta calidad sobre cimientos que soportarían el doble de la estructura. Fue un encargo del gobierno, recuerda, infectado de inspectores inmunes al placer. Auditorías, control de gastos, inspecciones por sorpresa y pruebas de resistencia de materiales. Fue imposible concertar márgenes de ahorro beneficiosos para todas las partes. El hormigón es de primera clase, recuerda. Aunque cuando lo fraguó ignorara que lo hacía a la medida de sí mismo.